

los soldados han perdido la confianza que tenían en sus jefes, y únicamente hay entre ellos la diferencia de que los soldados rasos protestan en voz mas alta que los oficiales. El jefe incapaz que ha mareado la bandera inglesa con un desastre tan humillante no puede esperar que sus soldados tomen ejemplo de sus aliados, pues solo puede causarles impresiones de humillacion, de resentimiento y de despecho, y así es que mientras permanezca este jefe á la frente del ejército, los soldados verán acercarse un dia de batalla como un dia de completa derrota.

» Ahora que estamos en vísperas de emprender las operaciones de campaña, donde un general hábil demuestra todo su talento ¿podemos acaso conservar al vencido de 8 de setiembre á la frente de nuestros intrépidos soldados? ¿podrá triunfar en un país completamente desconocido el que no supo atacar ventajosamente una posicion cuyas andancias hacia un año que conocia? No es difícil sacar de todo esto la consecuencia legítima. El gobierno está obligado á destituir cuánto antes al general Simpson, y aunque es público y notorio que el general aceptó su cargo con repugnancia es indudable que debia persistir en su negativa, como que no dejaba de conocer su inferioridad.

» Lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo. Nuestros soldados necesitan un caudillo joven que pueda sobrellevar las fatigas físicas del mando, y no un viejo que el dia del combate se sienta en el fondo de un foso cubriéndose la cabeza con la capa, sin ver, ni oír, ni saber nada de lo que pasa al rededor.»

Aunque el general Simpson habia dado motivos bastante poderosos á la prensa de Inglaterra para censurar su conducta, pues, como llevamos dicho en los libros anteriores, ni habia trabajado en los aproches con la actividad de que le daban tan nobles ejemplos los franceses, ni habia formado una columna bastante fuerte para proceder al asalto de la Estrella mayor, ni habia tomado las disposiciones que requerian las circunstancias para renovar el ataque con la rapidez y el método que prescribe el arte; su conducta no merecia en nuestro humilde concepto las terribles reconvenciones ni la punzante sátira con que se vió perseguido en su misma patria. La lenidad con que trabajaron los ingleses durante el estío era ciertamente culpable, mayormente despues del escarmiento recibido en 18 de junio, pero tambien es preciso tomar en cuenta que el terreno situado en frente de la Estrella mayor era mas peñascoso que el que estaban roturando los franceses; el desastre de los ingleses en 8 de setiembre era bastante completo para llenar de confusion y verguenza á los invasores, mas en este punto tampoco tenían que reconocerse inferiores á sus aliados, como que no fué menos completa ni menos sangrienta la derrota de los franceses en el ataque del baluarte Central, de la Estrella del Carenero, y especialmente de la cortina que enlazaba este baluarte con el de Korniloff: el general Simpson debia reproducir el asalto inmediatamente despues de su desastre para reparar la deshonra de las armas inglesas, pero tambien era necesario evitar en lo posible la efusion de sangre, y es evidente que á la una y media de la tarde no habia necesidad de tomar el baluarte de la Estrella, cuando el general Mac-Mahon estaba ya establecido en las fortificaciones de Malakoff, circunstancia que puso posteriormente al general Levillant en el mismo caso en que acababa de verse el general inglés. Para demostrar completamente que el general Simpson debia renovar el asalto, es necesario probar que el segundo ataque no hubiera sido un nuevo desastre, mas ¿cómo podia esperarse en el triunfo cuando los franceses se vieron rechazados de una manera completa y sangrienta durante tres veces consecutivas, como confiesa en su parte el general Pélissier, en los asaltos del Carenero y de la Cortina? Todas las razones que puedan aducirse para autorizar las reconvenciones con que se ha perseguido á los ingleses, quedan enteramente des-

vanecidas por una consideracion muy sencilla que se desprende de la relacion que hemos hecho de la jornada de 8 de setiembre: el triunfo de los franceses no fué debido á la pericia ni al arte, sino tan solo á una sorpresa, y es positivo que si no se hubiera sorprendido á los rusos en el baluarte Korniloff, que se hallaba convertido materialmente en un monton de ruinas, aquella memorable jornada hubiera sido un dia de luto general para los sitiadores. En el Carenero, en la Cortina y en el baluarte del Centro los franceses sufrieron una derrota no menos terrible que la de los ingleses, y solo por una casualidad inesperada triunfaron en el punto donde precisamente debian experimentar el mayor desastre; las condiciones eran mas favorables á los franceses que á los ingleses, y si los primeros se vieron obligados á hacer uso de todas sus fuerzas, no ya para atacar el baluarte Korniloff, sino para sostenerse en sus fortificaciones aun despues de haberlas sorprendido, si apesar haber ocupado definitivamente este último punto no pudieron establecerse en el Carenero ni en la parte derecha de la Cortina ¿cómo se reconviene y ridiculiza á los ingleses por no haberse apoderado de un baluarte que era mucho mas fuerte que el Carenero? Concebimos que se reconviene al general Simpson por la falta cometida en aquella empresa, pero no se nos alcanza que no se envuelva en estas mismas reconvenciones á los generales Dulac, de la Motterouge y Levillant.

El dia 10 se dió sepultura en el gran cuartel general del ejército francés al coronel Cassaigne, ayudante de campo del general Pélissier, al comandante Lefebvre y á los capitanes Ducos de Lahitte y de Laboissière, todos pertenecientes al cuerpo de estado mayor, y cuando todavia se hallaban espuestos los cadáveres en la tumba, el general Pélissier pronunció el siguiente discurso:

«Señores: por grande que sea un triunfo, por brillante que sea una victoria, siempre es dolorosa cuando cuesta tan grandes sacrificios.

»El cuerpo de estado mayor, al que me envanezco de haber pertenecido, acaba de sufrir crueles pérdidas que nunca acertaremos á deplorar bastante: el capitán Laboissière, el capitán de Lahitte, el comandante Lefebvre y el valiente coronel Cassaigne, todos oficiales llenos de juventud y porvenir, caidos en presencia del enemigo, victimas del celo que los animaba para cumplir con su deber. Señores, todos lamentamos estas pérdidas, pero permitidme que deplore especialmente la del coronel Cassaigne, que fué mi ayudante de campo; Cassaigne, que me acompañó constantemente en mi carrera de oficial general y que me hubiera acompañado siempre en mi existencia militar; Cassaigne, á quien amaba como un hijo y que debia cerrar mis ojos. Y sin embargo yo soy el que viene á sepultarle.

»La muerte del coronel Cassaigne, es no solamente un gran motivo de luto para mi corazón, sino tambien una pérdida muy sensible para el país, un grande infortunio para el ejército, donde por sus eminentes calidades estaba destinado á ejercer el mando y prestar los mas importantes servicios.»

El general, sofocado por el dolor, tuvo que interrumpir su discurso, y únicamente tuvo fuerza para decir: «Lloremos, señores, y separémonos.»

Al otro dia fué sepultado el coronel de Laville.

Tal fué la famosa jornada de 8 de setiembre, que tanto se ha empeñado en enaltecer el vulgo de nuestros publicistas sin conocerla. El asalto de Sebastopol habia mejorado sin duda la situacion de los aliados, no solamente en el prestigio de sus armas, sino tambien en el crédito de su diplomacia, que varias veces habia desesperado del buen éxito de tan largo sitio; mas al propio tiempo era para los gobiernos occidentales un desengaño que formaba el mas sensible con-

traste con los desafortados vítores del entusiasmo, porque el triunfo de Malakoff les ponía de manifiesto que si el incendio de Sebastopol era un prodigio, la humillación de Rusia era imposible. Después de un año de gigantescos esfuerzos para vencer la resistencia de una plaza marítima con el concurso de doscientos mil hombres, ochocientos cañones y cuatrocientos buques armados con los poderosos motores del vapor y del hélice, después de haber diezmado las filas de la juventud en los campos de batalla y en el tenebroso fondo de los hospitales, después de haber aprovechado las graves faltas cometidas por los generales rusos en las sangrientas jornadas de Elma, de Inkerman y del Tchernaya, después de haber quebrantado su situación resistida con el consumo de veinte mil millones, adquiridos á fuerza de onerosos empréstitos y de recargos exorbitantes, después de haber agotado los inmensos depósitos acumulados en los arsenales á favor de una paz octaviana de cerca de medio siglo, las grandes naciones del occidente se vieron condenadas á cifrar su gloria y aun su honra en la conquista de un baluarte ruinoso, y en último resultado no pudieron apoderarse de este baluarte sino por sorpresa. Mentis solemne que arrojó heroicamente al rostro de la vanidad anglo-francesa el pueblo de Pedro el Grande; lección elocuente que echó por tierra y para siempre los estruendosos cálculos de una política desatentada, como veremos en los libros siguientes.

LIBRO X.

Situación de las potencias y de los ejércitos beligerantes después del incendio de Sebastopol.

Mientras el apasionado vulgo de nuestros publicistas se dejaba llevar á la ventura del entusiasmo frenético que le infundían el resplandor de las llamas y las explosiones de las minas de Sebastopol, mientras resonaban en el aire los himnos que inspiraba la victoria al temerario regocijo de los turcofilos, acercábase el momento solemne que tan crueles desengaños había de acarrear á los arrogantes directores de la alianza anglo-turco-sardo-francesa. Despreciando los importantes pormenores de la jornada de 8 de setiembre y ateniéndose á las lisongeras ideas que sugiere naturalmente la noticia de un asalto victorioso, los mas autorizados órganos de la prensa cantaban en Inglaterra y en Francia el triunfo de Malakoff y la gloria de Napoleon III, trasportábanse en espíritu á las playas del Quersoneso para dictar la paz al imperio ruso desde lo alto de los escombros del Karabelnaia, y arrojaban al viento las lecciones de la experiencia y de la historia para saborear á sus anchas el fruto de la campaña; mas en tanto que la ignorancia y el patriotismo se abandonaban con tanto placer á los dorados ensueños de una esperanza fugitiva, calculaba el filósofo á sangre fria las consecuencias en que debía envolver á las armas de la alianza la triunfante retirada del príncipe Gortschakoff, examinaba el estupor profundo que se apoderó de todos los ánimos en pos de la victoria, no solamente en los gabinetes de la diplomacia, sino tambien en las lonjas del comercio y en las tiendas de los mercados públicos, enumeraba las doscientas mil víctimas que cubría á los ojos del mundo el inmenso mausoleo de Sebastopol, y contemplaba con admiración el sangriento sepulcro que estaban abriendo los destinos para el palpitante cadáver de Turquía.

Después de tantos esfuerzos como se habían hecho para derribar el fundamento de la pujanza rusa en el Euxino, parecía natural que los vencedores se estendieran sin obstáculo por la península táurica, ó que las águilas napoleónicas ofrecieran á la Puerta otomana la prenda de seguridad que le faltaba; pero lo cierto es que los ejércitos aliados frustraron desde luego las esperanzas de sus gobiernos apareciendo completamente encadenados en las mismas ruinas de Sebastopol, y que la jornada de 8 de setiembre surtió un resultado diametralmente opuesto al que con tanto énfasis habían pronosticado los gobiernos occidentales. La Puerta otomana, que esperaba ver enarbolada su bandera en los escombros de Malakoff, y que contaba con reproducir en Crimea el antiguo kanado de los tártaros, vió prontamente desvanecidas las ilusiones en que se había mecido por tanto tiempo, y aunque la conducta de sus protectores le había dado á conocer en muchas ocasiones el porvenir que le estaba deparando la intervención armada de las potencias occidentales en sus dominios, jamás había reconocido con tanta evidencia los verdaderos frutos que debía proporcionarle la alianza como después del incendio de Sebastopol. La noticia de la victoria de 8 de setiembre llegó á Constantinopla por medio del telégrafo á las dos de la tarde de 9 de setiembre; mas el sultán no quiso de pronto creer en ella temiendo una